

«Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Hería de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarlo en alto y a holgarse con él, como un perro por camestolendas».

Un monumento a Sancho, en Malagón

(De la conferencia pronunciada por D. José González Lara el día 22 de Junio en Malagón, con motivo de la inauguración del monumento a Sancho Panza, levantado por aquella villa)

«Hoy, Sancho Panza, ha ganado la aventura, porque los mantenedores que somos nosotros, ignorantes y abotargados por la malicia y la envidia, nos hemos quedado boquiabiertos, al ver que el pueblo llano, el pueblo del refrán y del aceite, el pueblo del refajo y de la cordura, el pueblo que come pan y piensa como nacen las espigas, ese pueblo, limpio, mesetario y confidente, ganador de lo suyo y hasta asceta en la contemplación de lo ajeno, ha tenido que arremangarse la camisa para coger la argamasa de los buenos hechos y con ella fijar la estela de un Sancho Panza quijotizado mirando por entre las telerañas del mundo sofisticado, el alma viva de la España del pueblo, que ha dejado de pertenecer al asma de la ramplonería y ha sacado sus telares para ponerle a España su vestido de lino, de esa fibra que medio blanquea a fuerza de cardarle su pelambre histórica».

«Sancho Panza muerto, no existe. No creáis en la demencia de los que lo quieren muerto para alterar el orden de la bondad y de la lealtad. Sancho Panza no ha muerto nunca, porque vive siempre en cada uno de nosotros con una fuerza operativa que nos empuja a estar en el camino y que nos hace ser fuertes, cuando el ideal se desmorona. Sancho

Panza no ha muerto, lo mismo que no ha muerto el caballero. Son dos ideas sobre las que se sostiene la caballería andante de nuestro siglo, que necesita desfacer infinidad de entuertos, antes de que la propia sociedad se revuelva sobre su condicionante circunstancial y rompa con violencia su salida al mundo de la realidad, sueltas las amarras de la injusticia».

«Y ahora que hablamos de compromiso, tenemos que señalar aquí cuál era el compromiso de Sancho Panza con su amo y señor Don Quijote; qué renuncias tuvo que hacer para seguirle en sus locas aventuras; en aquella, que dió al traste con sus huesos, caído y derrotado por los brazos de los gigantes, que luego eran molinos



de viento; en aquella otra desgraciada aventura, que se topó Don Quijote con unos desalmados yangüeses; o aquella otra, de la libertad que dió el caballero a muchos desdichados, que mal de su grado, los llevaban donde no querían ir; o aquella de las finezas del enamorado caballero en Sierra Morena o aquella brava y descomunal batalla con unos cueros de vino tinto; o la que se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda. Y a pesar de todo ésto, robado su pensamiento por el señor que le había abierto las puertas de un mundo idealizado; mermadas sus fuerzas físicas de tanto remeter justicias en sus correrías; maltrecho su cuerpo, como el de su amo, por los manteamientos de los huéspedes, posaderos y criados de la venta, que no del castillo, como creían, sigue siendo fiel y camina tres pasos más atrás de Rocinante, que parece que se condeue de las incomprensiones y de los descabros de su caballero, que anda fatigado sobre sus lomos, hechos a la medida de su ración y de su hambre. Sancho Panza está comprometido con todos; en ésto, se ve la dimensión humana del hombre bueno que no espera otra cosa que buenas palabras y amor, un poco de ese amor que es bálsamo para las heridas del alma.